

otente, desde Oropesa, falleciendo allí un mes después, el 18 de Octubre de 1562, tras lo cual fue enterrado. El actual edificio, de estilo neoclásico, experimentó análoga ampliación que la llevada a cabo en El Palancar, en los siglos XVII y XVIII. En su capilla real, levantada en 1704 por Ventura Rodríguez, existe una urna suntuosa que guarda las cenizas del glorioso asceta, maestro en tantas cosas, entre ellas la comprensión de los hombres.

La ejemplaridad de la figura del santo extremeño, en quien culminó la característica del ascetismo, tan genuinamente hispano, cuyo punto de arranque cabría fijar en el senequismo del comienzo de nuestra Era, se completa con el aspecto del pensamiento y la expresión, ya que hay que considerarle como uno de nuestros primeros escritores ascéticos y místicos. Fue autor, además del ya mencionado *Tratado de oración y meditación* (traducido al inglés, en varias ediciones), de estos otros libros, también muy celebrados, dada la claridad expositiva que en ellos campea y su estilo directo y expresivo, de alto valor didáctico: *Breve introducción para los que comienzan a servir a Dios*, *Tres cosas que debe hacer el que desea salvarse*, *Oración devotísima* y *Petición especial de amor a Dios*, así como de las *Constituciones* de la Orden y *Cartas*, principalmente las dirigidas a Santa Teresa, que le trató familiarmente, al igual que Fray Luis de Granada, Juan de Avila, San Francisco de Borja y San Juan de Ribera.

Beatificado por Gregorio XV en 1622 y canonizado por Clemente IX en 1669, San Pedro de Alcántara es merecedor de cuanto se haga por fomentar el conocimiento de su vida y la devoción a su obra, ambas tan ejemplares, reflejo de la amalgama impar formada por idealismo hialino y férrea voluntad de amor. Antes de la celebración del cuarto centenario de su muerte, la Diputación de Cáceres restauró el cenobio de El Palancar, restituyéndole, en lo posible, su primitiva fisonomía. En la esquina de uno de los principales templos de dicha ciudad ha sido colocada una magnífica estatua del santo, esculpida por el gran artista Pérez Comendador. También Arenas de San Pedro, tras el Año Jubilar, erigió otro monumento conmemorativo. Y Juan XXIII, el Papa de imperecedero recuerdo, publicó una Bula declarando a San Pedro de Alcántara Patrón de Extremadura, título que el llamado «Portento de Penitencia» compartirá así con la Virgen de Guadalupe. Empero, deben ser editadas sus obras, prácticamente inasequibles para el lector de hoy, y popularizar el conocimiento de su vida y su labor espiritual imprescriptible, mediante un extenso estudio acerca de las mismas.

Desesperación

I

La angosta puerta franqueó de súbito
¡oh aparición extraña!
y de la noche augusta en el silencio,
con limpios sonos de cristal y plata:

—Soy Erato —me dijo—
de mirto coronada,
en la mano la cítara sonora,
prendo mi voz en alas
del viento leve y de fragancias lleno,
y de la cumbre enhiesta a la hondonada,
en peregrino verso melodioso,
labrado cofrecillo de las almas,
cantando voy mis íntimos afanes,
los placeres, las lágrimas,
el bien y la belleza,
que es cual partir en dos una esmeralda;
la vibración del éter,
el temblor de la luz sobre las aguas
o el dulce centelleo de los astros
en la noche callada...

Suspiro como céfiro entre flores,
quemo como la llama
y con perlas y nácares,
dorados techos y columnas de ágata,

un templo los poetas me erigieron
del sacro Pindo en la apacible falda.
Me miro en los arroyos trasparentes,
que entre hilillos de aljófares y escarcha
su caudal cristalino
por los valles derraman.

Tengo los ojos verdes, como Circe,
música es mi palabra,
número y armonía
que van tejiendo soñadoras fábulas...
—¡Bah! ¡Bah! — repuse con altivo ceño—
no me enamoran tus hechizos, calla.

II

—¿Quién turba la quietud de mi retiro?...
¿Quién a mis puertas llama?...
Respóndeme... ¿Quién eres?
—La Verdad fuerte y casta,
sobria, seca, desnuda,
sin adornos ni galas,
rectilínea y severa,
como la daga ahilada,
de la esencia sutil
ápice o protoplasma,
clave, cifra o compendio
de la sapiencia humana.

En mi redor los hombres
a la conquista de mi ser se lanzan;
soy esplendente faro
con cuya luz el alma se emborracha;
fecundo, agusto seno
del que la vida arranca

y en prodigiosa machedumbre de átomos
su infinitud proclama...
—¡Bah! Bah! —con agrio malhumor la dije—,
¿por qué tanta arrogancia
si cuanto en torno vemos
a todo dogma substancial escapa?

III

Bajo el dintel apareció radiante,
del fulgor de los astros coronada,
y al inquirir su nombre me replica:
—La Hermosura, del mundo soberana,
pues no hay mortal alguno
que no caiga de hinojos a mis plantas,
del dogal de mis gracias prisionero,
de mi tez sonrosada,
panal de labios y del ojo envidia,
del rítmico tremor de mis pestañas,
de mis claros cabellos
que en inaudible y áurea catarata
sobre mis hombros caen y a trechos cubren
mi desnudez pagana.

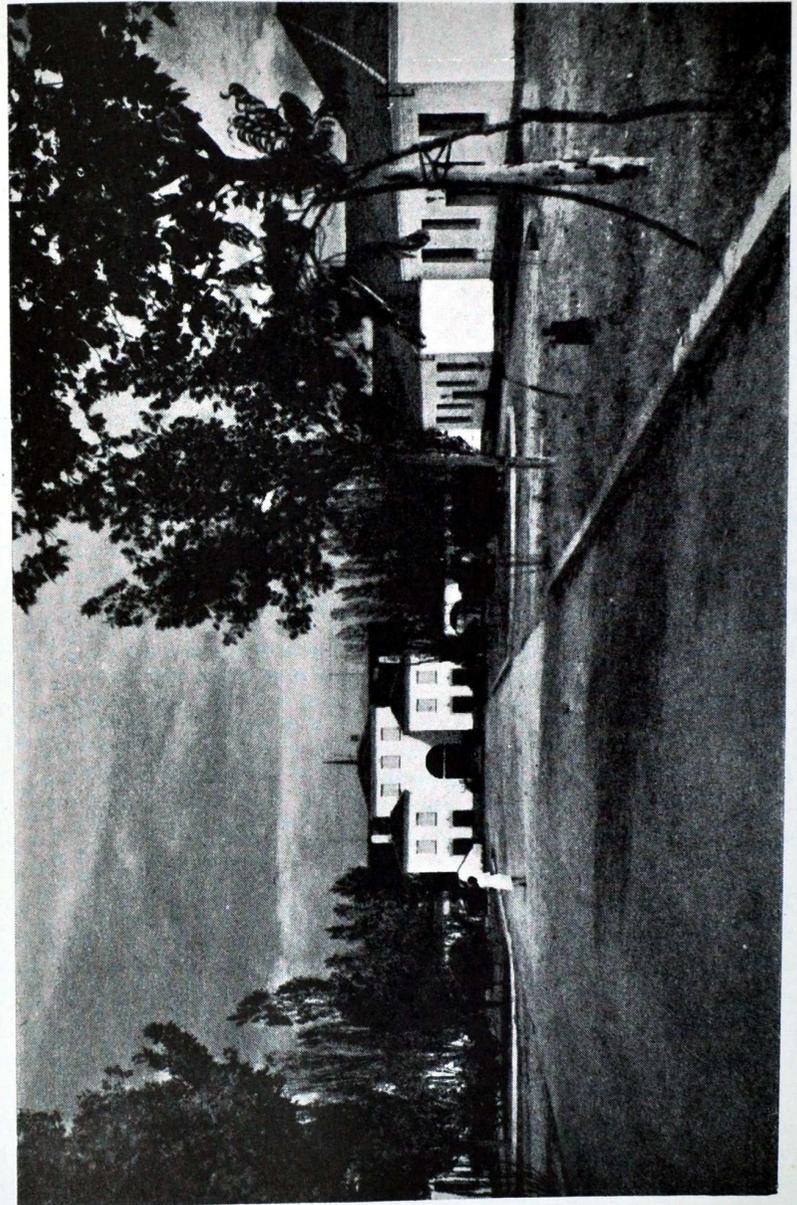
Un delicioso efluvio
mi blanco cuerpo exhala,
turbadora embriaguez de los sentidos
que torna el hielo en crepitante brasa.
De Chipre en la ribera
do el ancho mar en olas se desata,
los dioses inmortales me forjaron
de espuma, luz y nácar.
¡Soy del placer la copa rebosante,
calma en ella tus ansias!
—¡Bah! ¡Bah! —clamé con lúcido arrebató—,

ya conozco tus mañas;
 el placer es fugaz
 y la hermosura con el tiempo se aja...

IV

Dos golpes secos en mi puerta dieron;
 de gozo y miedo me rebosa el alma
 y oigo una voz impávida, que dice:
 —Cuatro harapos me bastan
 para cubrir mis huesos;
 tiembla en mi mano, torva, la guadaña
 y todo al verme de terror se agita...
 —Si eres la Muerte, pasa.

PEDRO ROMERO MENDOZA



ALBUM EXTREMEÑO. — Naval Moral de la Mata. Centro de Fermentación de Tabaco. (Foto Nirima).